

«NOSCE TE IPSUM.»

III.

El pueblo romano ha cumplido por el apostolado de la guerra la mas alta mision que en aquel momento histórico podía realizar un pueblo; y Roma, loca, embriagada de su grandeza, se divinizó y se hizo adorar de uno á otro continente. César había realizado el sueño de Alejandro; los instintos de este fueron pensamiento de aquel Cónsul, cuya historia solo cabe en las páginas de la historia del mundo. ¡Qué grande es César en la realizacion de la unidad humana! Heredero del genio de los Gracos, lleva el espíritu de Roma à vivificar los pueblos bárbaros, pone en sus manos el arma de la guerra y les confia los destinos de la patria; persigue y vence à los enemigos de la plebe y señala en todas partes con arcos de triunfo su huella. Pero la mision de la señora del mundo estaba cumplida al realizar la unidad geográfica: ni la guerra, ni el código romano habian podido hacer la unidad del espíritu; y por mas que el circo mezclaba la sangre de todos los hombres, el derecho natural todos los derechos, el Panteon todos los dioses, y una red de caminos unía todos los pueblos, faltaba la idea, que es la única que puede dar la vida permanente á las civilizaciones.

Un pueblo habia, entre los infinitos tributarios de Roma, que hacia el comercio con sus caravanas en marcha constante, desde Jerusalem, al Este y al Oeste del imperio romano. A pesar de sus prevaricaciones, de la usura con que castigaba á los pueblos extranjeros por sus mercancías, conservaba una civilizacion impene-trable, enemiga á las demás civilizaciones y á toda estraña influencia.

Su Dios, era el Dios único, que había creado en seis dias el universo, que le eligió entre los pueblos para guardar su fe; el